

CHARLOT

SEMANARIO

Director y Propietario M. NAVARRETE

FESTIVO

Año 1.-Núm. 41

Barcelona 2 de Diciembre de 1916

10 céntimos

HUMORADA

CHIFLOTESCA



— MÚSICA —

Putchet, Putchet, 37
está la Administración,
para el que quiera Almanagues
del periódico CHARLOT.
Aprovechen la ocasión,
¡¡Pim!!! !!!Pom!!!
que se agota la edición.

¡VAYA UN SUSTO!



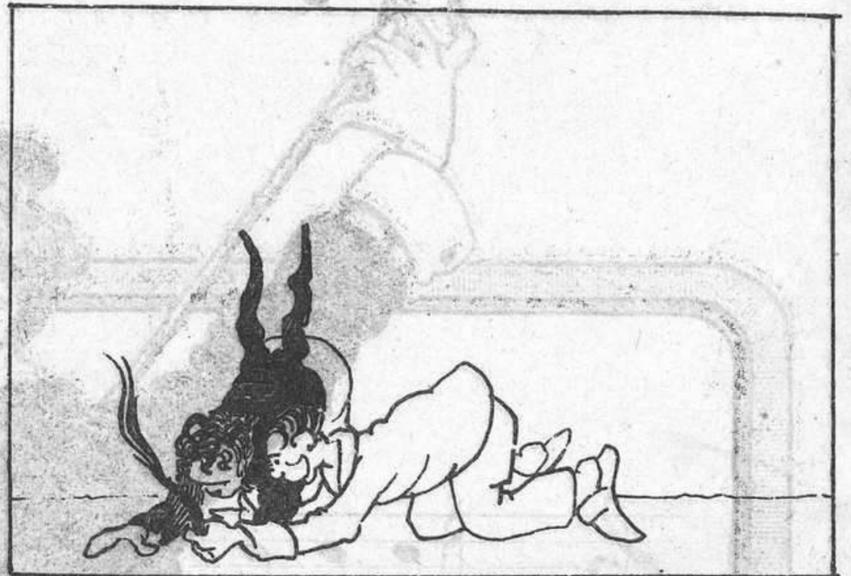
—Qué será ese humo que sale. Carlitos?
—No lo sé chico; pero me huele a cuerno quemado...



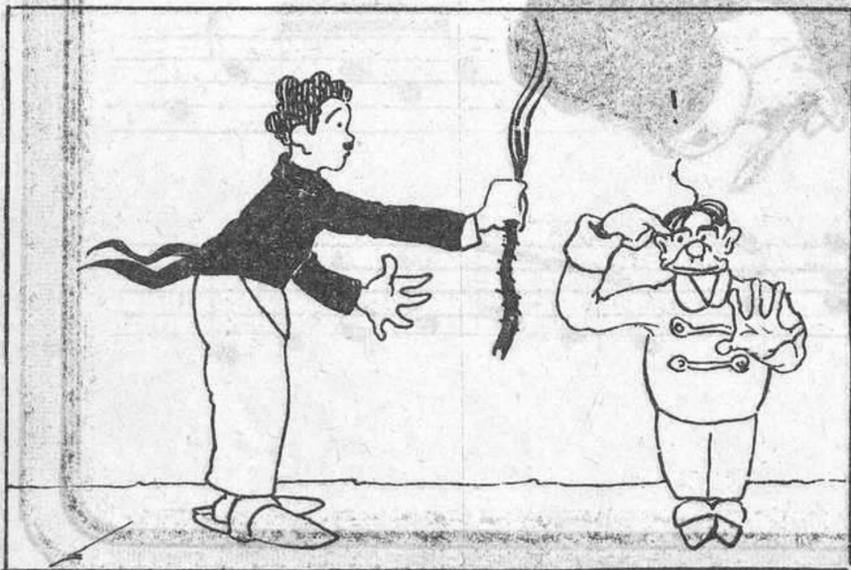
—No te fíes Carlitos; toma el revólver y mátalos!



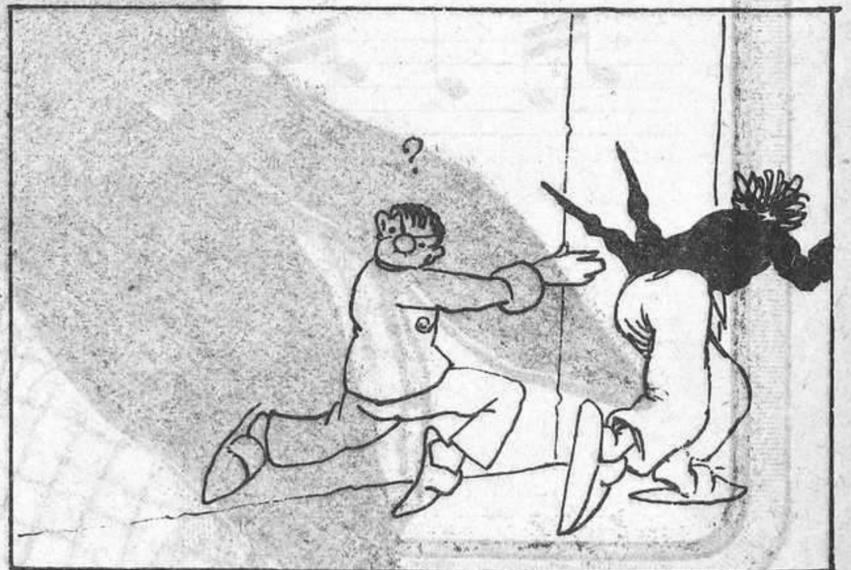
—Que se escapa! ¡Pin... pan... pun!



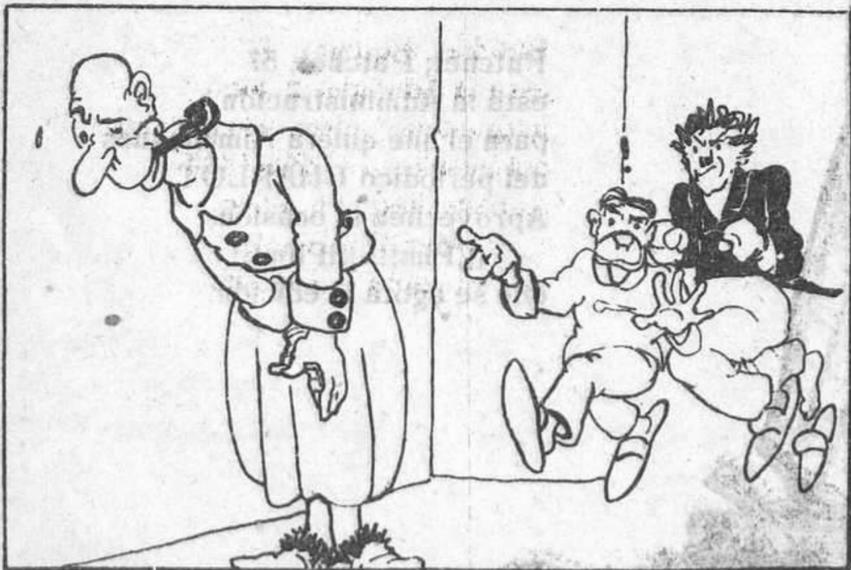
—Ya lo tengo; lo atrapé; mira que rabo más negro!



—Eso no cuela, ni es cola, ni es rabo.



—Corramos! Ya me figuro...



—Mira el gracioso que quería asustarnos!



—¡Señor Coco....
—A mi no preguntarme nada; vosotros no queréis creer en brujas...

CRajo.

LA VUELTA EN 80



AL MUNDO DÍAS

¿Le había adivinado el francés?

No sabía que pensar; aunque le tranquilizaba la consideración de que no podía ser conocida de Picaporte su calidad de agente de policía, que a nadie había revelado.

No obstante, al hablar así, era que Picaporte tenía una segunda intención.

Otro día fué más lejos el buen muchacho, a quien no era posible contener su lengua.

—¡Francamente, Mr. Fix!—preguntó a su compañero con tono malicioso,—¿tendremos el sentimiento de dejaros al llegar a Hong-Kong?

—No sé...—respondió Fix bastante desconcertado.

—Quizá...

—Mucho me alegraría de que nos acompañáseis,—dijo Picaporte.—¡Vamos! ¡Un agente de la Compañía Peninsular no puede detenerse a la mitad del camino! ¡No ibais más que a Bombay y ya estáis cerca de la China! ¡La América no está lejos, y de América a Europa no hay más que un paso!

Fix miraba fijamente a su interlocutor, que por otra parte le ponía la cara más amable del mundo y tomó el partido de reír con él; pero Picaporte estaba de vena, y le preguntó:

—¿Ganáis mucho en vuestro oficio?

—¡Así, así!—respondió Fix sin pestañear.—Hay negocios buenos y malos. Pero ya comprenderéis que no trabajo a mi costa.

—¡Ah! ¡Estoy seguro de ello!—respondió Picaporte riendo a carcajadas.

Terminada la conversación, Fix volvió a su camarote y se puso a meditar.

Estaba descubierto; sin saber cómo, el francés había reconocido su cualidad de detective, pero ¿habría avisado a su amo?

¿Qué papel representaba el muchacho en todo esto?

¿Era cómplice o no? ¿Era negocio conocido, y por tanto, frustrado?

El agente pasó algunas horas angustiosas, ora creyéndolo todo perdido, ora esperando que Fogg ignorase la situación; no sabiendo en último término que partido tomar.

Sin embargo, fué serenándose poco a poco, y resolvió franquearse con Picaporte.

Si carecía de medios para detener a Fogg al llegar a Hong-Kong, y éste salía definitivamente del teri-

torio inglés, lo diría todo a Picaporte, y aclararía la situación: o el criado era cómplice de su amo, lo sabía todo, y estaba el negocio completamente comprometido, o lo ignoraba todo y entonces su interés estaba en separarse del ladrón.

Tal era la situación de aquellos dos hombres sobre la cual se cernía la majestuosa indiferencia de Mr. Fogg, que cumplía racionalmente su órbita alrededor del mundo, sin inquietarse por los asteroides que gravitaban en torno suyo.

Y sin embargo, cerca de él había, según la expresión de los astrónomos, un astro perturbador que debía producir algunas alteraciones en el corazón del gentleman.

¡Pero no! Los atractivos de mistres Auda no ejercían influencia, con gran sorpresa de Picaporte, y las perturbaciones, si hubiesen existido, serían más difíciles de calcular que las de Urano, que dieron por resultado el descubrimiento de Neptuno.

¡Si! Era un asombro constante para Picaporte, que leía tan inmensa gratitud para su amo en los ojos de la joven. ¡Decididamente Mr. Fogg, tenía corazón para el heroísmo, pero no para el amor!

No daba el menor indicio de las preocupaciones que pudieran causarle los azares del viaje; pero Picaporte vivía en constante angustia.

Un día se hallaba apoyado en el pasamano de la máquina, contemplando aquel poderoso mecanismo que de vez en cuando precipitaba sus movimientos, cuando observó que por un violento cabeceo la hélice se movió fuera del agua, escapándose el vapor por las válvulas. Esto provocó la ira del buen muchacho, que exclamó:

—¡Esas válvulas no están cargadas! ¡Esto no es andar! ¡Al fin ingleses! ¡Si fuese un vapor americano, saltaríamos tal vez, pero iríamos más deprisa!

Durante los últimos días de la travesía hizo muy mal tiempo.

El viento arreció mucho, fijándose en el N., lo que contrarió la marcha del paquebot.

El *Rangoon*, era juguete de las olas, y los pasajeros no pudieron menos de irritarse al considerar la fastidiosa monotonía con que el viento movía a aquellas montañas de agua.

(Continuará)

CHARLOT EN EL CINE

(CONCLUSION)

La puerta del hotel se ve invadida por numeroso gentío que espera la salida del famoso diestro.

Este, que tiene puesta la taleguilla, se toma una copa de aguardiente, dá un salto y se asoma al balcón.

—¡Que hable, que hable!—grita la gente al verle.

—¿Es ahora cuando tengo que decir el brindis ese que me habéis enseñado?—pregunta a los toreros que le acompañan.

—¡No, hombre! Ese tiene V. que guardarlo para la hora de la muerte.

—¡Diablo! ¿Y hasta entonces no lo tengo que decir?

—Naturalmente.

—¡Que hable, que hable!—segúan gritando desde abajo.

—¡Hable V., hombre!

—¿Pero qué digo?

—Lo primero que se le ocurra.

Charlot se inclina hácia la calle y dice:

—¡Buenas tardes! ¿Como están ustedes?

—¡Bravo, bravo!

Después un aplauso unánime y los maletas lo retiran del balcón para acabarlo de vestir.

La plaza está llena hasta el tejado.

El barullo es inmenso y la expectación más inmensa todavía.

—¿Pero de dónde ha salido este torero?—pregunta un espectador a otro.

—Del extranjero. Es un competidor del Gallo.

—¿Y lo hará tan mal como este?

—Claro... si es su competidor.

En otro grupo:

—Dicen que es un verdadero fenómeno.

—¡Más que fenómeno!

—¿Pero V. le conoce?

—Le he visto en la fonda y puedo asegurarle que es de un feo muy subido.

A todo esto había llegado la cuadrilla a la plaza y se formaban en la puerta del ruedo para salir.

El representante se acercó a Charlot, estrechó su mano y no pudo contener una carcajada.

—¿De que se ríe este tío?—interroga el nuevo torero.

—¿Pero no se ha fijado V. que lleva una media rosa y otra verde?

—¡Calla! ¡Pues es verdad! Presto, que vayan al hotel por otras medias.

La música rompía con un brillante pasodoble y el público largó un aplauso atronador.

—Ya está el presidente en su sitio.

—¡Las medias! ¡Las medias!

—¡Que medias ni que calabazas! ¡Fuera... fuera!

Los compañeros de Charlot le empujaron y este salió a la arena dando trompicones y enredándose en la capa.

—Había que oír la gente.

Pero el presidente hizo la señal con el moquero, sonaron los clarines y salió el primero.

Un torazo que metía miedo.

—Es listón—le dijo a Charlot un mozo de estoques.

—¿Listón? Pues a mi me parece una viga.

—No tenga V. cuidado... es un toro noble.

—¿Noble? ¿Pero no ves como le mete el cuerno al caballo por las nalgas?

—Los caballos no tienen nalgas.

—Pues yo sí—contestó Charlot; y al mismo tiempo ponía las suyas contra la barrera.

—¡El maestro, el maestro!—chillaba el público.

—¿Porqué gritan?

—Porque quieren que haga V. un quite.

—¿Un quite? pues espera.

—Charlot dió un salto y se metió en la barrera.

El escándalo aumentó, como es natural.

—¡Un quite, un quite!—le decían los toreros.

—Ya me he quitado de enmedio. ¿Que quieren más?

—¡Al toro, al toro!

Y quieras, que no, se acercó Charlot a la fiera, tirándole el capote a la cara.

El toro arremetió con furia, pero ya estaba preparado el diestro, el cual dió un salto de los suyos yendo a parar al otro lado del animal.

No quieran ustedes saber la ovación que se le tributó.

—¡Es un Cúchares!—decía uno.

—La escuela de Tato—añadían otros.

—¡Ha saltado de cabeza a rabo.

—¡Bravo... bravísimo!

El competidor del Gallo subía.

El Gallo bajaba.

Para dominar la bulla del público se manda variar de suerte.

—¿Qué hago ahora?—preguntó Charlot.

—Esperar que pongan banderillas los chicos.

—¡Ah! ¿Pero eso lo han de hacer los niños?

—No, hombre; aquí llamamos chicos a los banderilleros.

—¿Y yo he terminado?

—No, señor; ahora va V. a la muerte.

—¡Cuerno! de eso si que no tengo ganas.

El presidente manda tocar a matar.

—Ahora el brindis.

—¿El de la muerte?

—Justo.

—¿Y a quien se lo largo?

—Al presidente.

—¿Y tengo que subir al palco?

—No, señor; desde la barrera.

El mozo le dió los trastos y Charlot, repasando en la memoria lo que le habían enseñado, llegó bajo el palco presidencial.

—¡Silencio, silencio!—dijo una voz potente.

—¿Dicen que me calle?—interrogó Charlot.

—Al contrario; reclaman silencio para oírle mejor.

—Pues allá voy.

Señor presidente...

—¡Cerveza helada!—gritó un vendedor.

—Hombre, no me vendría mal un convite... tengo una sed rabiosa.

—¡Siga V. hablando!

—Allá voy.

Señor presidente...

—¡El toro, el toro!

En efecto; el listón, cansado de esperar el brindis arremetió contra el grupo que rodeaba al artista, sembrando el espanto y la desolación entre aquellos infelices.

Mas Charlot, recordando su triunfo de antes, se fué al toro con pasmosa serenidad, poniéndole el trapo rojo en el mismísimo rabo.

—¡Por ahí nó!—le gritó el peón que le ayudaba.

—¿Pues por donde?

—¡A la cabeza!

Charlot le dió la vuelta al toro y abriendo los brazos gritó:

¡Señor presidentel....

Un grito espantoso hizo temblar todos los cimientos del circo.

Y el competidor del Gallo voló... voló... desapareciendo entre las nubes.

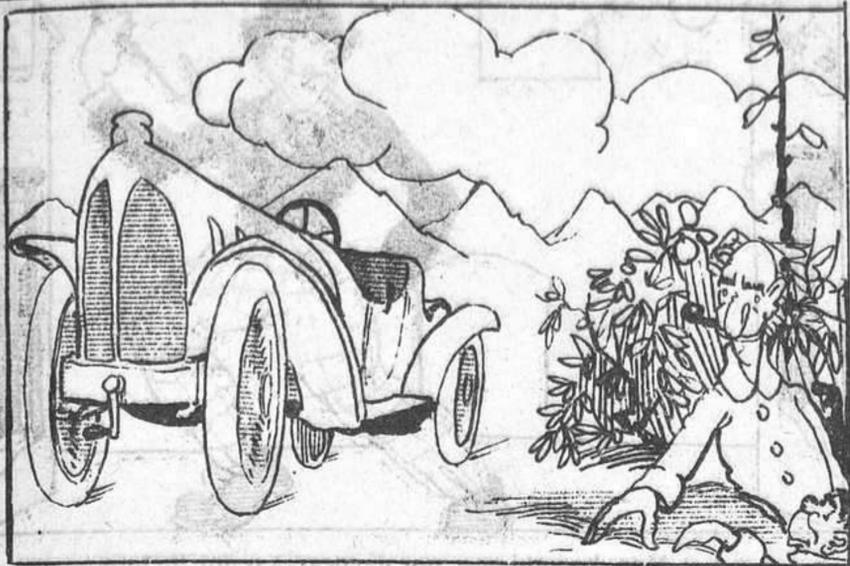
Tal fué el trompazo que le arrimó el toro.

Al día siguiente se supo por telégrafo, que el gran Charlot había caído en Nueva York, en los brazos de la estatua de la Libertad.

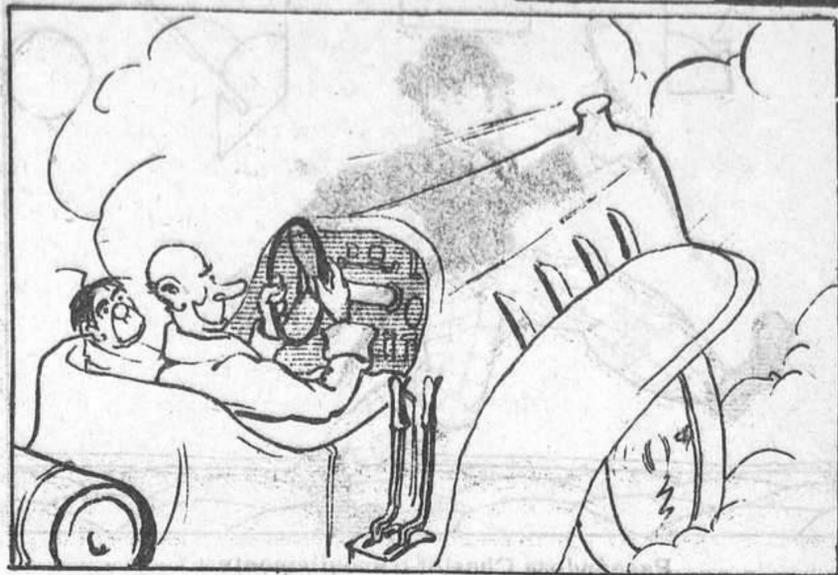
¿Que dirá el Gallo a todo esto?

Puede que cante de gusto.

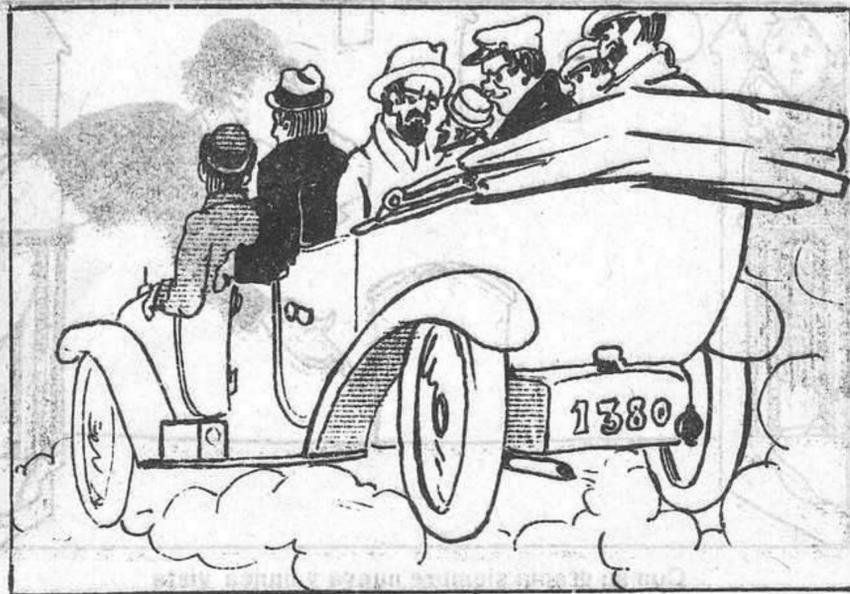
Joaquín Arques



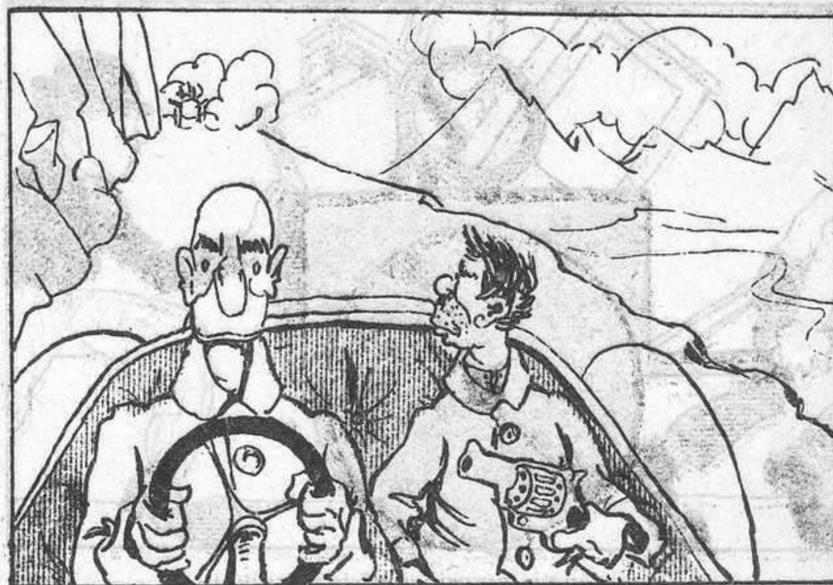
Habiendo escapado milagrosamente nuestros detectives, de la formidable explosión, se dirigieron hacia un lado de la carretera, donde en previsión, había dejado Cocoliche un automóvil.



Y rápidos como el viento, partieron decididos a devolver las tornas a los que tan cruelmente los habían tratado.



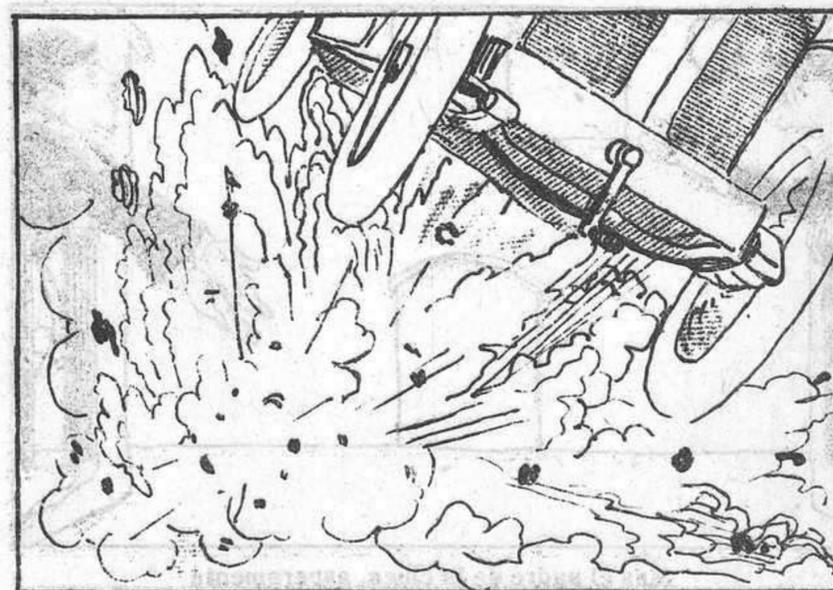
Mientras tanto la feroz pandilla marchaba confiada creyéndose libre de sus perseguidores.



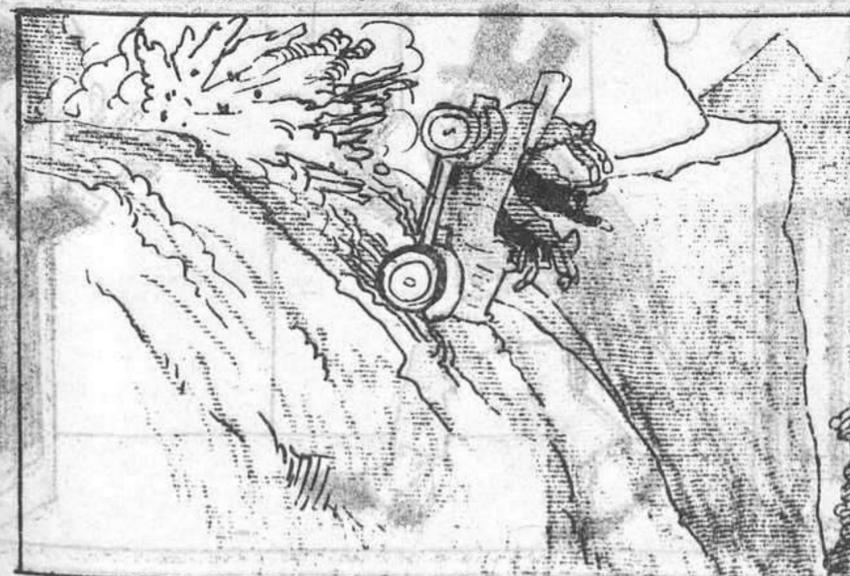
Pero estos muy pronto les ganaron la delantera.



Encontrando en el camino cierto objeto muy sospechoso, exclamó Cocoliche:—Mira amigo, que regalito nos tenían preparado. Y encendiendo un misto continuó:—Quien a hierro hiera...



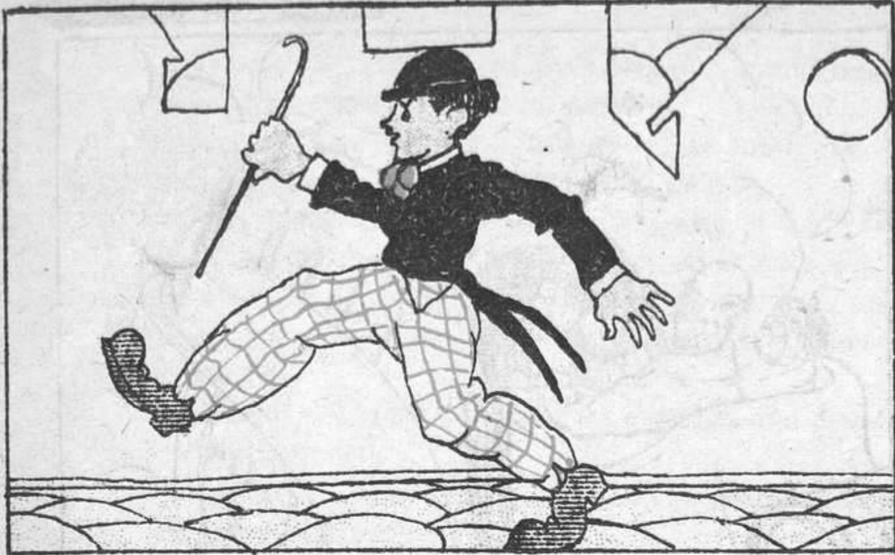
A los pocos instantes un atrevido automóvil pasaba por encima del peligroso obstáculo en el momento que una terrible detonación...



lo precipitaba en el fondo de un precipicio.



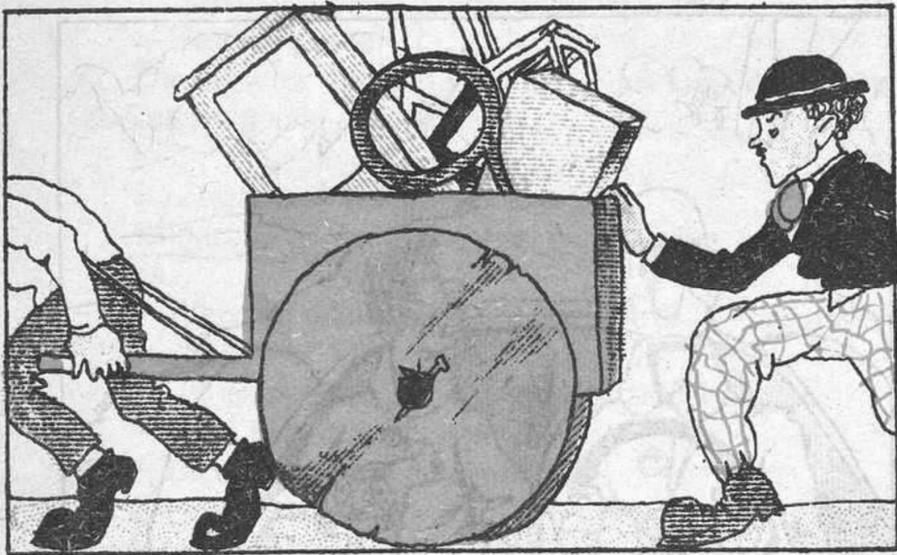
—Esta vez somos nosotros los que podemos contarlo, dijo Traga-vientos.



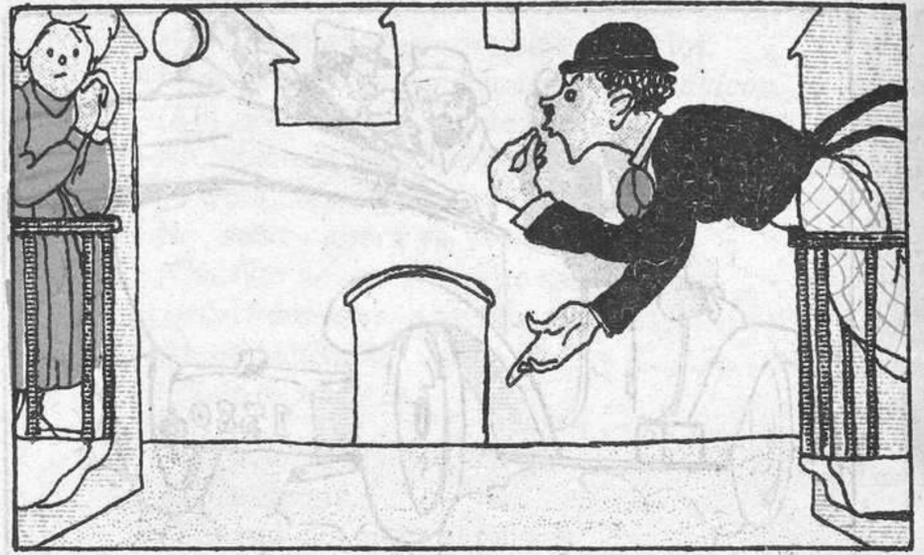
Paseándose Charlot tranquilamente de sus rentas disfrutaba felizmente.



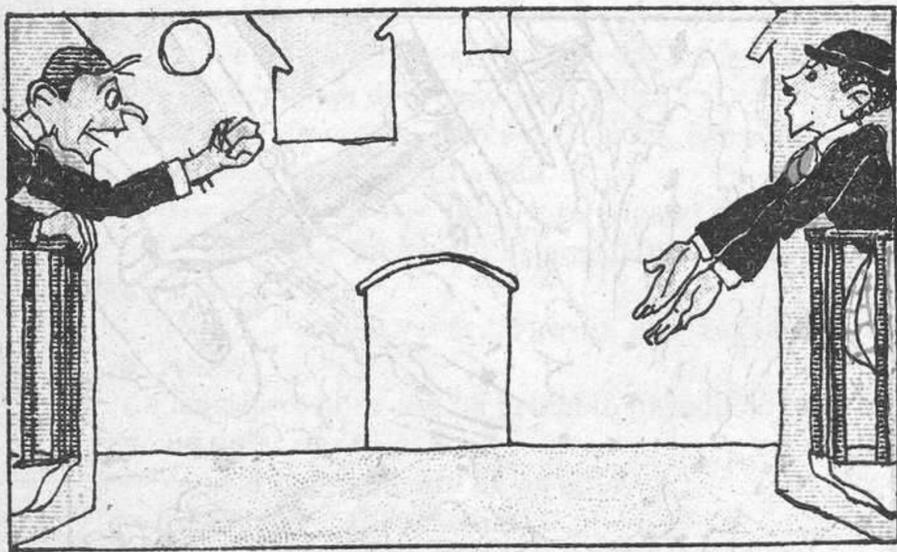
Mas, he aquí que, por desgracia o por fortuna vió una chica y pareciole cual ninguna.



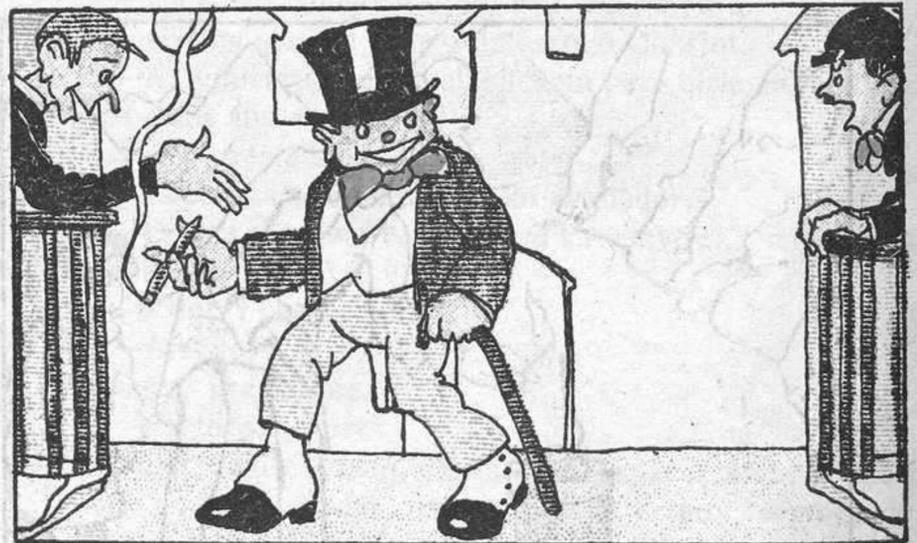
También vió un principal desalquilado y al instante efectuaba su traslado.



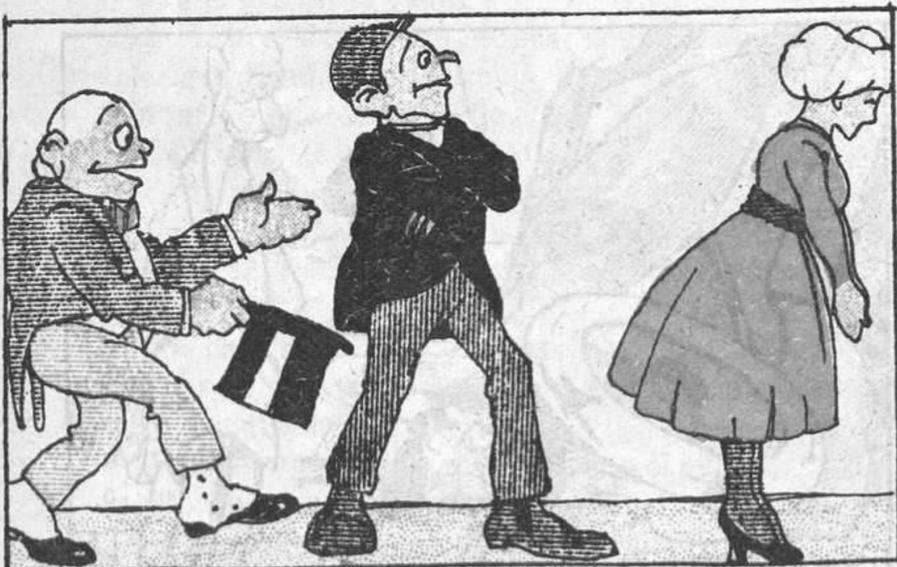
Con su gracia siempre nueva y nunca vista tardó poco en convencer a su conquista.



Mas el padre de la chica, asperamente increpó al pobre Charlot, por imprudente.



Y así dijo al buen Charlot:—Sepa V. pollo, que mi hija va a casar con D. Repollo.



Sin embargo D. Repollo, como ven de su novia recibió un fiero desdén.



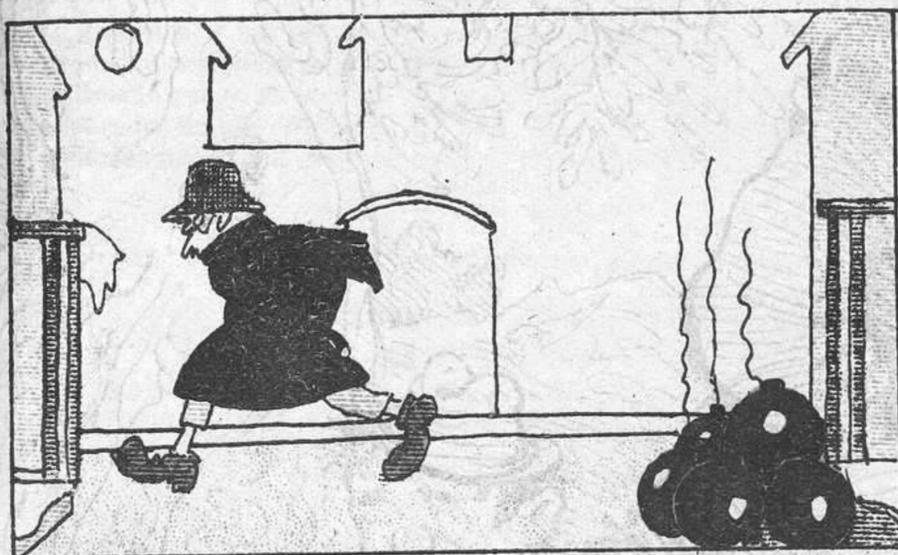
Aburrido y despedido de lo cual le tomó un odio terrible a su rival.



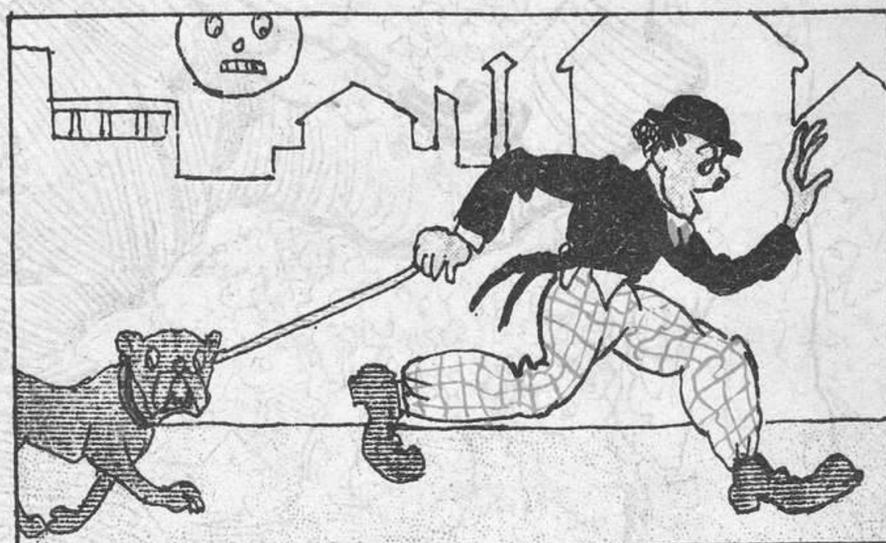
Enseguida D. Repollo se entrevista con un h6rrido y pel6dico anarquista.



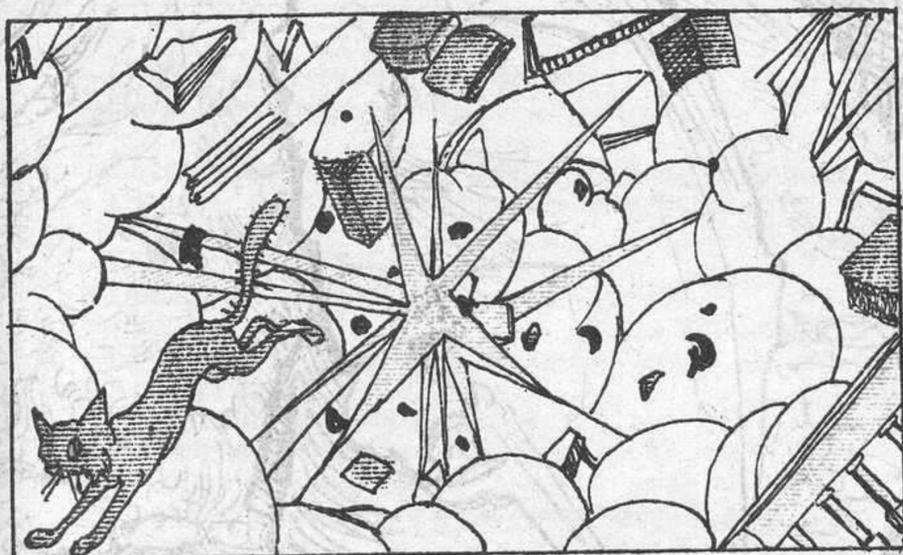
Por el oro que le diera aquel tunante proyect6se una venganza horripilante.



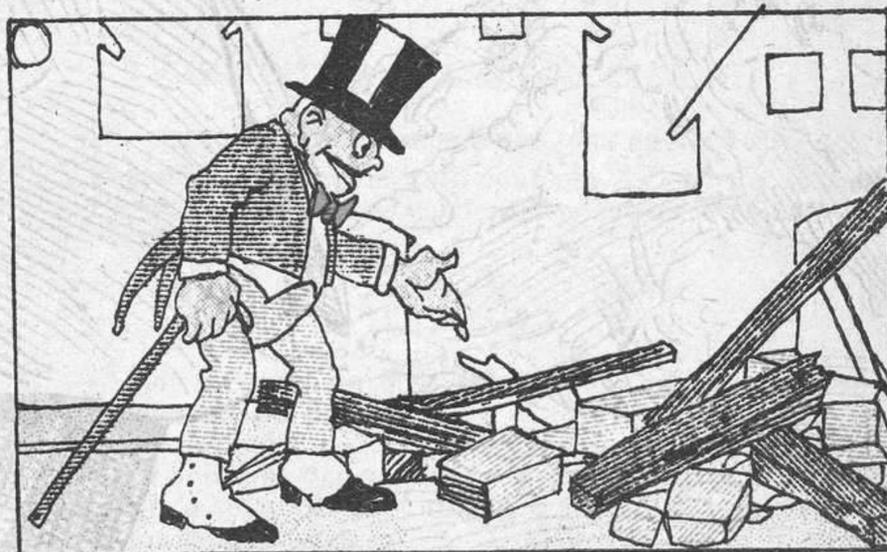
Al pi6 mismo de la casa colocaron cinco bombas que al intento fabricaron.



Mas Charlot que por lo visto no era ciego enseguida tom6 las de Villadiego.



D. Repollo encogi6ndose de hombros, de la casa de Charlot vi6 los escombros.



Y creyendo que Charlot ya no existia sucumbi6 a aquel complot. ¡Pobre Maria!



¡¡¡ Mas que tiemble D. Repollo por su piel, que Charlot no es un mu6eco de papel!!!

Concurso del mes de diciembre



La temida banda de «Los cinco», capitaneada por «Manifloja», han secuestrado al insigne Charlot y se han apoderado de una valiosa alhaja. Nuestros detectives siguen la pista, confiando encontrarlos pronto, pues sospechan que están en poder del terrible gigante del bosque misterioso. Se concederán tres premios consistentes en un reloj de plata, un monedero de plata y una cadena chapada en oro de 14 kilates a los tres que encuentren el sitio donde están.

Para ello precisa señalar con tinta a cada uno y enviar la solución a esta Redacción: Puchet, 37, antes del día 17 del corriente mes de Diciembre.

NOTA. Si son más de tres los que lo acierten, se sorteará entre los que sean, como en los concursos anteriores.



C R O J O.

COLMOS Y MONADAS



Charlot irá publicando en cada número una de las más interesantes y breves producciones de cada uno de sus colaboradores, adjudicando dos premios, uno de 10 pesetas y otro de 5 pesetas a las dos que más gusten a esta redacción.

En los sobres de los originales, escríbase Charlot—Sección de Colmos y Monadas.

Todo autor premiado comprobará su identidad con una copia del primitivo original escrita y firmada con igual letra que éste.

NOTA.—No se devuelven los originales.

Rogamos a los colaboradores de esta sección, que al enviar sus producciones, lo hagan empleando un papel para cada chiste o colmo y firmado con su nombre y así aunque envíen varios a la vez queden separados de uno en uno. El envío han de efectuarlo en sobre abierto franqueado con sello de cuarto de céntimo, diciendo:

«Original para imprenta»

Colaboraciones del número anterior que han sido premiadas:

Premio de 10 ptas.

Chiste por Joaquín Arteche

De 5 ptas.

Chiste por Rafael Clemente

COLMOS

—Cuál es el colmo de un panadero?
—Hacer de su masa encefálica un pan.

Angel C.

—El colmo de una tripulación de un buque de guerra:
—Disparar al enemigo con una batería de cocina.

A. Puig

—El colmo de un torero:
—Dar al toro un pase, de libre circulación.

Chichiriminchi

—El colmo de un guarda agujas:
—Abrir el disco del sol.
—El colmo de un guarnicionero:
—Formar la guarnición de un fuerte.
—El colmo de un aladrero:
—Componer una avería en la rueda de la fortuna.

Rafael Giménez

—El colmo de un malvado:
—Ceder en Bolsa sus malas acciones.
—El colmo de un padre de familia numerosa:
—Hacer lo mismo con sus obligaciones.

Pepita de Melón

CARTA QUE DIRIGE UN PALETO A SU HERMANA

«Querida hermana: Hace ya unos meses que estoy trabajando con mi amo en el matadero.

Ya me ha hecho sangrar varias veces, y dentro de poco tiempo me hará degollar».

José Forner

SALIDA A TIEMPO

Dos soldados de caballería discutían sobre la supremacía de sus respectivos cuerpos.

—Desengáñate—decía uno—los lanceros somos más apreciados en tos los sitios.

—Mía tú. Pus a mi paecer es que tan caballería somos tú como yo.

Totetito

EN UNA ESCUELA DE UN PUEBLO

El maestro.—¿Qué tienes en la boca, Pedrín?
Pedrín.—Que he querido apagar una vela y me he quemado los hocicos.

El maestro.—¿Qué es eso de hocicos?

Pedrín.—Es verdad; usted dispense; los morros.

F. Carazo

Gedeón busca a un amigo suyo que ha desaparecido.
—¿Tenía alguna seña particular para poder identificarle?
—pregunta el conserje.

—Sí señor; era sordo.

Angel Muro

ENTRE EMPLEADOS

—¿Cuáles son tus principios?
—Encontrar medios.
—¿Qué medios?
—Los medios para llegar al fin?
—A qué fin?
—A fin de mes.

Panchita

TESTAMENTO

Charlot hace su testamento, que termina así:
«Ruego a mis herederos hagan el favor de proceder a mi autopsia por un médico de fama, porque deseo conocer la causa de mi muerte.

R. G. Baron

PREGUNTANDO A UN MUCHACHO

—Dí, pequeño; cuando seas mozo ¿que querrás ser?
Y después de pensar un rato contestó:
—Pus yo... panadero pa venderle a mi madre el pan barato.

A. Galán

DIÁLOGO

—¿A que no sabes porqué los aliados se aprovisionan mejor de armas por las costas?
—No sé porqué.
—Pues mira; se van a la playa y llega la primer ola... y nada, llega la segunda ola y tampoco hay nada, pero llega la tercer...ola y la recogen.

J. Velasco

Una señora en la calle se desmaya; un perro que la vé hecha a correr.

—¿Porqué corre el perro?
—Por el arre-chucho de la señora.

O. G. T.

ENTRE AMIGAS

Una.—Chica, tu novio te engaña. Luis es casado.
Otra.—¿En que te fundas? Es soltero; y bien soltero.
Una.—No; esta mañana he leído en el periódico, que era Padre de la Patria.

Cherlock-Holmes

EN LA ESCUELA

Uno de los discípulos esconde la campanilla del profesor.
El profesor irritado.—Juanito; ¿dónde tienes la campanilla.

El niño.—En la garganta.

Santiago Santacreu



PASATIEMPOS



Soluciones de los juegos del núm. 40

Conversación.—Estación.

Logogrifo.—Catorce.

Cuadrado.—P A L A
A L A S
L A N A
A S A S

Tarjeta.—D. Juan Tenorio.

Charada.—Remedios.

ROMBO

A	Vocal.
N	Nombre de mujer.
T	Utensilio para el calzado.
O	Obra de teatro.
N	Ave.
I	Nombre sustantivo.
O	Vocal.

Por *Cardalda*

ROMBO

.	Vocal.
.	Letra.
.	Animal pequeño.
.	Letra.
.	Vocal.

Por *Pedro G. Guerra*

ACRÓSTICO

C
H
A
R
L
O
T

Por *Eltas M.*

TARJETA

L. Maestre LA VALA

Con estas letras debidamente combinadas, formar el nombre de una película.

Por *J. Vives*

Don dinero...

Un comerciante muy acaudalado de Madrid tenía de sirviente a un negro llamado Juan, a quien estimaba mucho y había llevado de Cuba en uno de sus viajes por aquel país. Este veía con desagrado que siempre que venía alguien a ver a su amo, ninguno se dignaba ni darle los buenos días. Al cabo de algunos años muere dicho comerciante, y no teniendo herederos dejó su fortuna al negro.

Después de algunos días el negro Juan abre nuevamente el establecimiento y ve con gran asombro que los mismos que antes no lo saludaban venían a felicitarlo y le daban la mano diciéndole: «¿Cómo está don Juan?»

El negro, dispuesto a darles una lección, les contestaba, dándoles también la mano:

—Yo no me llamo don Juan, me llamo don Dinero, don Dinero...

Esopo y el viajero

Un día, el fabulista Esopo encontró en el campo un viajero que le preguntó el tiempo que demoraría su viaje hasta la primera villa.

—¡Caminad!—le respondió Esopo.

—Sé muy bien—replicó el viajero—que debo caminar para llegar al lugar que deseo; pero os ruego que me digáis qué tiempo demorara mi viaje.

—¡Caminad!—le respondió, por segunda vez.

—Seguramente ese hombre está loco—pensó el extranjero, y continuó su viaje.

Apenas había dado algunos pasos cuando Esopo le gritó:

—Llegaréis dentro de dos horas.

El viajero se volvió asombrado, interrogando a Esopo por qué no le había contestado antes a su pregunta.

—¿Cómo podía responderos—contestó el fabulista—sin haber visto como caminábais?

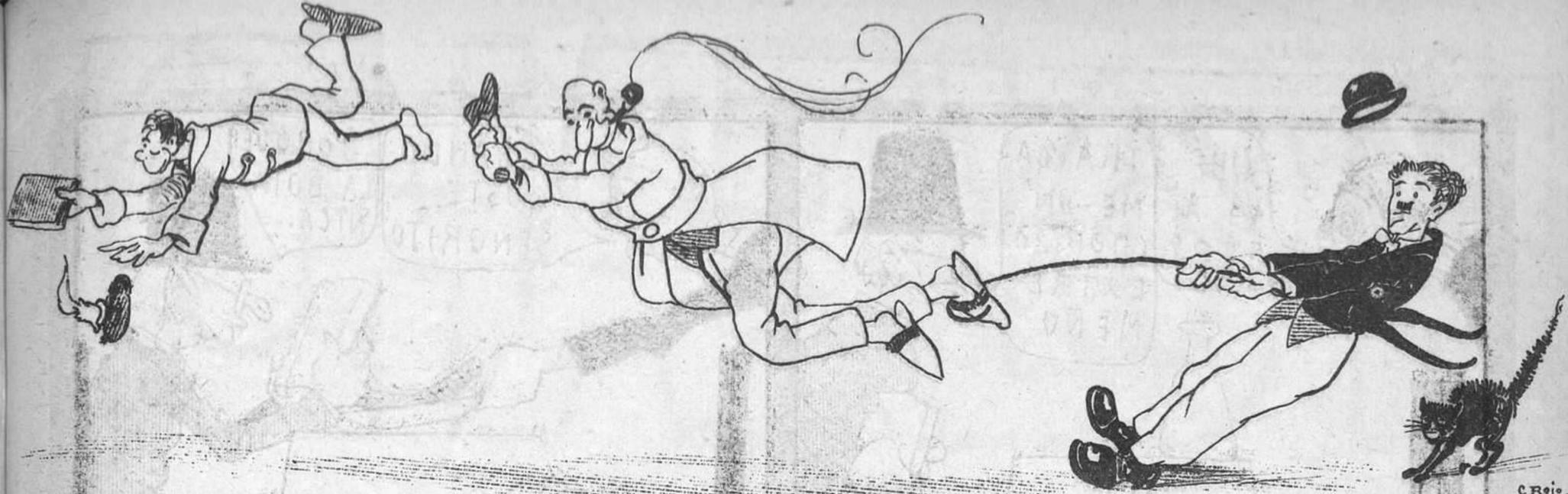
Alejandro Cumine Rusell

El nombre que encabeza estas líneas pertenece a un niño de 17 años, quien realizó uno de los actos más sublimes que pueden registrarse en la historia de la humanidad. El buque transporte «Birkenhead», que conducía un cuerpo de ejército inglés, chocó, el día 26 de febrero del año 1852, contra una roca submarina. Desde el primer momento comprendió el capitán que el buque estaba perdido, y como era imposible salvar a toda la tripulación, dispuso que algunos oficiales se ocuparan del salvamento de las mujeres y los niños. El resto de la tripulación y los soldados formaron en orden de parada y esperaron la muerte, que venía rápidamente, pues el «Birkenhead» se hundía en el océano.

A Alejandro Cumine Rusell se le encomendó la dirección de un bote cargado de mujeres y niños; el joven ocupó su puesto en el timón. Con los ojos llenos de lágrimas vió desaparecer el buque llevando en pos a todos sus compañeros, y poco después oyó los gritos de agonía que exhalaban los naufragos al ser atacados por los tiburones. Cuando todo quedó en silencio y se creía que la tripulación entera había perecido, divisaron a un marino del buque naufrago que hacía esfuerzos por alcanzar el bote. Se veía que aquel hombre estaba extenuado de fatiga; se sumergió un momento y volvió a aparecer ya muy cerca; entonces una de las mujeres gritó: «¡Salvadle, salvadle; es mi marido!» El bote tenía ya demasiada carga y era imposible traer una persona más. El joven Rusell, aquel joven lleno de vida que la suerte había elegido para librarle de la muerte, miró a la mujer, a sus hijitos, al padre luchando con las olas, y algo más lejos los siniestros tiburones; una idea de sublime abnegación pasó por su mente. Abnegación tanto más rara cuanto que ella favorecía a personas desconocidas. En un instante se le vió ponerse de pie, lanzarse al mar y ayudar al naufrago a entrar en el bote, donde le dejaba su sitio.

—¡Dios te bendiga!—fué el grito que partió de todos los labios. Pero nadie se imaginó que aquel acto llegaría hasta el sacrificio. Alejandro Cumine Rusell no trató de entrar en el bote: se dió vuelta y afrontó impávido al ejército de tiburones. Todos sus compañeros cerraron los ojos, horrorizados; cuando los abrieron, sólo quedaba el recuerdo del infeliz joven.

Tip-Lit. Eusebio Estadella.- Valfogona, 24 a 28. - Tel. 7488.-Barcelona



—A donde vas *badulaque* con tal precipitación?

—A leer el Almanaque y enviar la solución.

Almanaque Charlot

Precio: UNA PESETA

“LA NOVELA CON REGALO”

REVISTA SEMANAL LITERARIA

que se publica en Valencia; insertando cada jueves una novela inédita

Director: D. Vicente Ferrer

Administrador: D. Vicente Pastor

Victoria 11. - VALENCIA

Aviso:

Se ha procedido a un sorteo entre las muchas soluciones recibidas al concurso del mes de noviembre, y han sido agraciados con el premio **Reloj**, D. Antonio García Ruíz; Madrid, —con el premio **Monedero**, D. José Vidal Lizarzabure; Sans y con el premio **Cadena**, D. Vicente Climent Fresquet; Barcelona. Los cuales pueden recoger los premios de esta Administración, Puchet, 37, rogando al Sr. García Ruíz, envíe las señas de su domicilio para enviárselo por correo contra reembolso de los sellos que ocasione el envío.

CORRESPONDENCIA

J. Rey: Su tarjeta no vá. J. de Vaso: Los números atrasados valen 20 céntimos, pero del 1, 2 y 3 no quedan.—F. Menjón: Del número 26 sí que hay. J. Colomer. En los sorteos entran todas las soluciones que resultan exactas.—S. Santacreu: Los tres primeros números se han agotado y tenemos propósito de reimprimirlos en cuanto lo permita el precio del papel.—M. Martínez: Puede enviar lo que guste. Por ahora vale más que siga comprando el periódico en el mismo sitio.—V. Jiménez: Su cuento no vá.—C. Guillamon: No resulta.—J. Berenguer: Veremos de aprovecharlo.—M. Barreos: Seguramente esperan turno.—R. Membrillo.—Col y Rojo.—J. Bellmunt.—E. Pérez.—J. Haro.—M. Sáez.—P. Lozano.—Tragavientos.—Charlotísimus.—Pulga.—M. Rico.—J. M. Roca.—C. Chistera.—R. Orozco.—M. Mandes.—F. García.—F. Delgado.—J. Golfín.—E. Nudás.—Advinador.—C. Bravo.—Zalamor.—L. Clavell.—P. Pino.—Y. Ochoa.—J. Herrero.—J. Vives.—J. Abal.—J. Castelló.—E. León.—F. Valcarcel.—E. Castro.—Y. B.—Un gallista.—F. Balceró: Los chistes que envían ya los tenemos enviados por otros.

Han enviado soluciones a los Pasatiempos anteriores

A. Oñoro.—H. Fernández.—J. Bellmont.—C. Francisco.—J. Martinto.—S. Pérez.—J. Belmonte.—A. Fornis.—Arud-Airam.—J. Pinilla.—R. Giménez.—F. Delgado.—A. Oñoso.—E. Santos.—F. Valcarcel.—D. Mena.—J. Reneses.—M. Borrás.—R. Landaburu.—A. Fernández.—J. Soto.—D. B.—Y. Cirera.—J. Lino.—A. Carmona.—M. Torre.—D. Barrera.—G. Font.—A. Aude.—L. Gascón.—J. Fuente.—M. Sánchez.—L. Clavell.—R. A. Goñi.—G. Galdós.—L. García.

C. Rojo.

